

ÍTACA

Claire North

Traducción: Constanza Fantin Bellocq



VIDIS
HISTÓRICA

PERSONAJES

La familia de Odiseo

Penélope: esposa de Odiseo, reina de Ítaca

Odiseo: marido de Penélope, rey de Ítaca

Telémaco: hijo de Odiseo y Penélope

Laertes: padre de Odiseo

Anticlea: madre de Odiseo

Consejeros de Odiseo

Medón: anciano y bondadoso consejero

Egiptius: anciano consejero, menos bondadoso

Peisenor: antiguo guerrero de Odiseo

Pretendientes de Penélope y sus parientes

Antínoo: hijo de Eupites

Eupites: encargado de los muelles, padre de Antínoo

Eurímaco: hijo de Pólibus

Pólibus: encargado de los graneros

Anfínomo: guerrero de Grecia

Andremón: veterano de Troya

Minta: camarada y amigo de Andremón
Kenamón: un egipcio
Nisas: pretendiente de poco renombre

Criadas y plebeyos

Eos: doncella de Penélope, peinadora
Autónoe: criada de Penélope, encargada de la cocina
Melanto: criada de Penélope, leñadora
Melita: criada de Penélope, lavandera de túnicas
Fiobe: criada de Penélope, amistosa con todos
Leaneira: criada de Penélope, troyana
Euracleia: antigua nodriza de Odiseo
Dares: muchacho joven de Ítaca

Mujeres de Ítaca

Priene: guerrera del este
Teodora: huérfana de Ítaca
Anaitis: sacerdotisa de Artemisa
Ourania: espía de Penélope
Sémele: anciana viuda, madre de Mirene
Mirene: hija de Sémele

Micénicos

Electra: hija de Agamenón y Clitemnestra
Orestes: hijo de Agamenón y Clitemnestra
Clitemnestra: esposa de Agamenón, prima de Penélope
Agamenón: conquistador de Troya

Ifigenia: hija de Agamenón y Clitemnestra, sacrificada a la diosa Artemisa

Pílates: amigo, cuasi hermano de Orestes

Iasón: un soldado de Micenas

Egisto: amante de Clitemnestra

Espartanos

Icario: padre de Penélope

Policasta: esposa de Icario, madre adoptiva de Penélope

Tindáreo: padre de Clitemnestra y de Helena, hermana de Icario

Dioses y divinidades varias

Hera: diosa de madres y esposas

Atenea: diosa de la sabiduría y la guerra

Artemisa: diosa de la caza

Calipso: una ninfa

CAPÍTULO 1

TEODORA NO ES LA PRIMERA EN AVISTAR A LOS INVASORES, pero sí es la primera en correr.

Vienen del norte bajo la luna llena. No encienden lámparas en las cubiertas, pero se deslizan sobre el océano como lágrimas sobre un espejo. Son tres naves, que llevan unos treinta hombres cada una y rollos de cuerda en la proa para amarrar a los esclavos; los remos casi no tocan el mar, ya que el viento los empuja hacia la costa. No emiten gritos de guerra, no tocan tambores ni soplan trompetas de bronce o de hueso. Sus velas son sencillas y llevan remiendos, y si yo tuviera poderes sobre las estrellas les habría ordenado que brillaran más, pues esas naves sombrías que obstruyen el horizonte amenazan con eclipsar el cielo. Pero las estrellas no son de mi dominio, ni tampoco presto yo mucha atención a los menesteres de la gente común que vive en pueblos soñolientos junto al mar, salvo cuando existe algún tema importante que se ve amenazado por alguna mano artera... o cuando mi esposo se aleja demasiado de casa.

Es entonces cuando, sin intervención celestial alguna, Teodora acerca sus labios para besar a quien podría llegar a ser su amante y vislumbra algo extraño sobre el mar. Conoce bien a las pocas mujeres que pescan por las noches,

pero sus proas no se asemejan en nada a las formas que ve por el rabillo del ojo.

Luego Dares, un joven tonto, más tonto que ella, la toma del mentón y la abraza con fuerza y su mano atrevida busca los pechos de Teodora, pero ella tiene otros asuntos en la cabeza.

Por encima de la aldea, una antorcha parpadea sobre los acantilados; la han levantado brevemente como guía nocturna para que los invasores sepan adónde ir. Ya ha cumplido su propósito y la figura que la enarboló se repliega por el camino de piedras, tierra adentro, hacia el sopor de la isla; no siente obligación alguna de quedarse y ser testigo de su obra. Le convendría a ese sujeto pasar inadvertido, salvo para sus aliados; es tarde y el día sofocante se ha apagado en una oscuridad fresca, somnolienta, ideal para roncar profusamente y dormir sin soñar. ¡Cuán poco sabe ese hombre!

En una cueva en lo alto de la costa, una reina andrajosa y sucia observa la noche, con las manos todavía pegajosas de sangre. Ve acercarse a los invasores, pero no cree que vengan a buscarla. Entonces grita, pero no para avisar a la aldea que está abajo, sino para llamar a su amante muerto.

En el este, un rey se retuerce, inquieto, en los brazos de Calipso, que lo acalla y le dice: "Es solo un sueño, mi amor. Todo lo que hay más allá de estas costas es solo un sueño".

Hacia el sur, otra flota con velas negras permanece en calma, los remeros duermen bajo el cielo paciente, mientras que una princesa acaricia la frente sudada de su hermano.

Y en la playa, Teodora comienza a sospechar que las intenciones de Dares no son del todo puras y que deberían hablar de matrimonio si ese es el camino que tomarán las cosas. Lo empuja con ambas manos para separarse de él, pero él la abraza con fuerza. En ese breve movimiento de pies sobre la arena blanca, Dares levanta la mirada y por fin

ve las naves, ve que se dirigen a esa pequeña cala y con lenta inteligencia exclama:

—¿Eh?

La madre de Dares es dueña de un olivar, dos esclavos y una vaca. Para los sabios de la isla, esas cosas en realidad pertenecen al padre de Dares; pero este nunca regresó de Troya, y con el correr de los años en los que Dares pasó de chiquillo a hombre, hasta los ancianos más quisquillosos dejaron de insistir sobre ese punto. Un día, poco después de cumplir sus quince años, Dares se dirigió a su madre y reflexionó:

—Tienes suerte de que te permita vivir conmigo.

Fue en ese momento cuando la madre perdió toda esperanza, si bien ella misma había creado ese monstruo. Él sabe pescar, no muy bien, sueña con convertirse en pirata y aún no ha saboreado el hambre del invierno.

El padre de Teodora tenía dieciséis años cuando se casó con la que sería su madre y a los diecisiete partió para Troya. Dejó atrás su arco, que se consideraba un arma para cobardes, algunas vasijas y una chalina que su madre le había tejido. El invierno anterior Teodora había cazado un lince tan hambriento como ella; ensartó en la mandíbula desafiante del animal el cuchillo que normalmente utilizaba para destripar pescado. Tiene pocos reparos cuando hay que tomar decisiones rápidas ante una amenaza de muerte.

—¡Invasores! —le grita primero a Dares, que todavía no la ha soltado, y luego, cuando él finalmente la libera, va a la aldea de más arriba y a la noche soñolienta; corre hacia las chozas bajas de barro y hacia su hogar, como tratando de atrapar el eco de su propia voz—. ¡Invasores! ¡Nos atacan!

Es bien sabido que cuando una esposa afligida mira hacia el mar en busca de la nave de su marido y atisba una vela con hilos dorados, el tiempo frena su carroza a paso de tortuga y cada minuto de espera se convierte en una hora de agonía. Sin embargo, cuando los piratas llegan a la costa,

pareciera que a sus naves les crecen las alas de Hermes y vuelan, vuelan a través del agua, rodeando los macizos pilares de piedra donde los cangrejos se escabullen de costado, con sus ojos negros y sus caparazones anaranjados, impulsadas por remos implacables, hasta que encallan la proa en la arena suave. Ya los hombres saltan desde las cubiertas, esgrimen hachas y escudos de bronce y pieles de animales, las caras pintadas con pigmentos y cenizas. Ya arremeten desde la orilla, no como soldados sino como lobos; rodean y amenazan a sus presas, aúllan y muestran los dientes bajo la luz suave de la luna.

Teodora ha llegado a la aldea antes que ellos. Fenera es un sitio de casitas cuadradas emplazadas por encima de un arroyo que se abre paso entre dos acantilados de roca oscura y se derrama vertiginosamente en una ensenada. Cuando llueve mucho en invierno, las paredes de deshacen y se desploman y hay que reparar los techos constantemente. Allí secan pescado, recolectan mejillones, se ocupan de sus cabras y cotillean sobre sus vecinos. Veneran a Poseidón, que les da protección cuando empujan sus endebles barcos hacia la bahía, y a quien —si algo sé sobre ese viejo cabrón— le importan un bledo las magras ofrendas de grano y vino que derraman sobre su altar.

Esa es, al menos, la imagen que Fenera quiere mostrar, pero si miráis más de cerca, descubriréis objetos que brillan debajo de los rústicos suelos de madera y muchas manos diestras que saben hacer más que remendar una red para atrapar peces.

—¡Invasores! ¡Invasores! —grita Teodora.

Y poco a poco se recorren los trapos desteñidos de unas pocas puertas desvencijadas; algunos ojos parpadean en la tenue oscuridad y comienzan a sonar gritos de alarma. Luego, suenan otras voces más ancianas y respetables cuando otros ojos vislumbran cómo los hombres se lanzan

sobre sus orillas; las manos se extienden para recoger los objetos más valiosos y, como hormigas que salen de un hormiguero caliente, la gente huye.

Demasiado tarde.

Demasiado tarde para muchos..., demasiado tarde.

Lo único bueno es que los hombres que muestran los dientes y esgrimen escudos no quieren matar a los más jóvenes ni a los más fuertes. Les basta con atemorizarlos y acobardarlos hasta el sometimiento, golpearlos y atarlos con cuerdas para llevarlos a algún sitio y venderlos. Los dos esclavos de la casa de Dares miran a sus nuevos captos con ojos cansados, porque ya han pasado por todo eso antes, cuando los capturaron los valientes hombres de Ítaca. La triste desesperanza que muestran al verse rodeados por espadas y escudos decepciona a sus atacantes, que esperaban al menos que se arrastraran ante ellos, humillados, pero la situación mejora cuando los invasores oyen los llantos y lamentos de los amos y las damas de Fenera. Estos quedan ahora reducidos al nivel de los criados a quienes antes dominaban, y sus antiguos esclavos chasquean la lengua con desaprobación y les dicen: "Haced lo que hacemos nosotros, decid lo que decimos nosotros; aprenderéis, ya aprenderéis".

Teodora se detiene para buscar su único objeto de valor, el arco que usa para matar conejos. Nada más. No tiene nada tan precioso como su propia vida, así que corre, corre, corre hacia las montañas, corre como Atalanta resucitada, se aferra a la rama de un árbol moribundo que sobresale de un promontorio y trepa por las rocas, por debajo del follaje hacia la ruidosa oscuridad mientras abajo su casa comienza a arder. Oye pasos a sus espaldas, sonoros, pesados, sobre el sendero; mira por encima del hombro y ve una antorcha y una sombra; tropieza con una raíz traicionera y la sujetan antes de que caiga. Unas manos la sostienen, la miran unos ojos

seniles que parpadean. Un dedo se mueve hacia los labios. Alguien saca a Teodora del sendero y con rapidez la arrastra a un lugar oscuro, a un matorral sombrío, donde se esconde una mujer con pelo como nubes de otoño, piel como arena de verano; tiene un hacha en la mano y un cuchillo de caza en el cinturón. Quizás, con esas herramientas, podría dar batalla, tal vez podría clavarle la hoja en el cuello al hombre que las persigue, pero ¿de qué serviría? De nada, esa noche. De nada en absoluto. Entonces se ocultan, se envuelven mutuamente en sus miradas que gritan: “¡Silencio, silencio, silencio!”, hasta que desaparecen los pasos del enemigo.

La anciana que mantiene a Teodora a salvo se llama Sé-mele y es devota de Artemisa, que no es merecedora de sus rezos. Abajo, en la aldea, Dares es menos prudente. Criado con historias de los guerreros de Odiseo, como todos los muchachos, ha aprendido algo de lanzas y espadas. En cuanto el techo de paja comienza a arder, busca la espada bajo el catre en la casa de su madre, avanza cuatro pasos desde la puerta humeante, empuñando el mango con ambas manos, ve a un atacante ilirio vestido con llamas y sangre, se planta en posición y logra esquivar el primer golpe. Eso sorprende a todos, incluso a Dares; y ante el siguiente ataque, gira el cuerpo y golpea la espada con tanta fuerza contra el extremo de la lanza que la madera se raja y se astilla. Sin embargo, su júbilo ante esa acción no dura, pues su asesino saca un cuchillo del cinturón, gira hacia el siguiente ataque de Dares, se mete debajo de su guardia y le abre el vientre de lado a lado.

Diré esto a favor del pirata: tuvo la cortesía de clavar su hoja en el corazón de Dares en lugar de dejarlo desangrarse hasta morir. El chico no merecía una muerte tan limpia, pero tampoco, supongo, había vivido lo suficiente como para merecer que la muerte se lo llevara.